LA PRESENCIA INQUIETANTE DE LA NUEVA NARRATIVA ALEMANA

Confluencias: antología de la mejor narrativa alemana actual
Edición, selección y prólogo de Cecilia Dreymüller
Traducción de Cecilia Dreymüller y Richard Gross
Alpha Decay, 2014
352 pp., 21,90€

› Xabiero Cayarga

No deja de ser paradójico que la literatura escrita tras el Muro de Berlín sufriera las cortapisas paternalistas de un régimen que dictaba no solo las normas políticas, sino también éticas y estéticas de sus ciudadanos. Los autores tenían que acudir a las fábricas para después retratar el pulso de una orgullosa sociedad obrera. Aquellos que exploraban nuevos senderos estilísticos que supusieran una digresión del discurso alentado por las élites culturales del Partido se veían condenados al ostracismo, a la censura consensuada en aras de la publicación o, si perseveraban en su anodino ambular, al silencio. Ese querer desfilar fuera de las líneas prietas de la militancia tenía un costo inmediato: ser difamados por decadentismo occidental. Eran otros tiempos de convicciones más o menos arraigadas, de bipolarizaciones. En definitiva, de interpretaciones de la realidad a través del prisma ideológico. Y no deja de ser paradójico porque, si entonces la experimentación estilística llevaba a la marginación, hoy el reproche más repetido entre la crítica alemana es el contrario: la aparente unicidad o despersonalización del discurso narrativo que lleva, muchas veces, a que las obras se conviertan en discursos intercambiables. La explicación a esta falta de originalidad hundiría sus raíces en el presente periodo de desconcierto, lo que llevaría a los autores a tomar una postura acomodaticia. El oficio de escribir estaría así dirigido a alimentar una cierta demanda de ocio lector de bajo coste (intelectual). Por otra parte, el escepticismo ante el desplome de opciones políticas que ofrecían soluciones de futuro se resolvería en un discurso narrativo en el que prima la desilusión. En resumen: el posmodernismo en el callejón sin salida del fin de la Historia. Se habló, Enzensberger mediante, en reiteradas ocasiones de la muerte de la literatura y la agitada acta de defunción en manos de los actores literarios no dejaba de ser una celebración del propio funeral con todo lo que implica de goce autocompasivo.

Cecilia Dreymüller no se deja ofuscar por estas ceremonias de la confusión y nos brinda en el prefacio a ***Confluencias*** una buena nueva: «La literatura alemana está más viva que nunca». El lector se encuentra con viejos conocidos y nombres que se han popularizado en los últimos años. La prosa pulcra e incisiva de **Peter Handke,** en cuyas descripciones nos deslumbran a menudo fogonazos, frases reflexivas que logran ralentizar la marcha del mundo para extraer de entre los zarzales de lo cotidiano la flor de lo maravilloso. Se suceden los textos de **Wilhelm Genazino, Botho Strauss, Elfriede Jelinek, Marlene Streeruwitz, Herta Müller** o **Reinhard Jirgl**. En Herta Müller, que vivió el extrañamiento de escribir en una lengua que no era la de su país natal, Rumanía, y distinta también «en el significado de los enunciados» a la del país de acogida, Alemania, vuelve a hacérsenos meridiana la influencia que tuvo en la intelectualidad europea la figura de **Jorge Semprún,** de quien aquella como un conjuro repite «la patria es lo que se habla» en contraposición a la sentencia «el idioma es la patria» que repetían los intelectuales alemanes exiliados durante el Tercer Reich.

La gran sorpresa comienza, de manera insospechada y con una dosificación de novela negra, con la aparición de los autores menos conocidos, o apenas traducidos, en el ámbito hispano. **Peter Stephan Jungk** (1952), que en los dos capítulos incluidos de su novela ***La travesía del Hudson*** nos recibe en un gran atasco sobre este río. La situación del protagonista acompañado de la madre da lugar a escenas extravagantes y cómicas pero entre líneas se cuela de continuo una presencia, la del padre, que el lector no sabe si calificar de corpórea o irreal, y que altera la percepción de lo que ocurre. Esa presencia, a veces corpórea, a veces imaginada o intuida, pero siempre inquietante, se convierte en una constante en la mayor parte de los textos que completan la nómina de autores seleccionados. Así sucede con el Gustav Brendel, del relato «Brendel camino de Molauken», de **Kathrin Schmidt** (1958), el fugitivo en busca de un fantasma del pasado que resulta ser él mismo. Así en los relatos de **Ilija Trojanow,** nacido en Bulgaria (1965), donde los lugares que recorre en «Retorno» y «Tepe» adquieren la dimensión de presencias ominosas. Lo ominoso, más que de

El tercer día tocan las cabezas (fragmento)

• Terézia Mora (Sopron, Hungría, 1971)

Nuestra calleja está por encima del pueblo, que se encuentra tallado en la parte de la roca arenisca, de espaldas al lago. La roca sobre la que vivimos es hueca; debajo de nosotros está la vieja cantera con sus galerías, grandes y grises. Desde el pueblo y la calle mayor no se nos puede ver: la calleja se halla en la parte opuesta de la roca, con vistas al bosque, donde antes no había nada y donde ahora está el lugar de la tala, dispuesto en forma cuadrangular. Arriba del todo, en la cima, hay una casa solitaria, tan grande como la de un dentista, de color lila y con ventanas enmarcadas en blanco. Está en el punto más alto de la cresta para que más tarde sea la única casa que aún pueda espiar, a ras de nuestros tejados, el lago. Es la primera en el lugar de la tala, construida por el padre de la novia, para él, para la bella novia, que es mi prima, no recuerdo en qué grado. [...]

Los hombres están sentados en el patio. Quién es la pequeña, pregunta Sasa. Tu prima en segundo grado, dice el padre de la novia. ¿Cuántos años? Once, dice el padre de la novia. Pues para tener once años eres bastante pequeña. Yo con once ya tenía barba. Soy niña, digo. No quiero tener barba. Me mira un instante, luego suelta una carcajada terrible que todos, los muchachos del trío, el padre de la novia, acompañan. No paran de reírse. Los ojos del padre de la novia brillan, le guiña el ojo a Sasa. Y dice, sin que se entienda claramente, algo de una barba de chivo, algo que no comprendo, y redoblan la risa. Me encojo de hombros y vuelvo a la habitación de la abuela. Qué están haciendo, me pregunta. Y yo qué sé, digo. ¡A ver si hablas como es debido! ¿A qué viene esa risa?

¿Dónde está tu mujer?, pregunta el padre de la novia en el patio. Donde la dejé, dice Sasa. En casa. He venido a trabajar. ¿Y el chico? Soy su padre, dice Sasa, y pasa la lengua por el papel de fumar.

El chico solo tiene 8 años y está muy blanco. No está gordo, pero sí extrañamente fofo, amuñecado, el cuerpo, los brazos, las piernas, la cabeza, parecen un manojo de morcillas; la cara, como pintada encima. Está en el umbral del cuarto de la abuela. Ven, le dice esta. Aquí huele mal, dice él. Y está sucio. Calla la boca, le digo yo.